

La educación según la óptica martiana

The education through the ideas of José Martí

Dr. C. Manuel Fernández-Carcassés, mfernandez@uo.edu.cu

Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, Cuba

Resumen

Este artículo es un breve acercamiento las principales ideas de José Martí sobre la educación, a partir de su función básicamente forjadora de valores humanos y patrióticos, latinoamericanistas, éticos y estéticos, su carácter popular como parte de los derechos de todo ser humano, la científicidad que le es inherente, la urgencia de aplicar métodos que, desterrando el autoritarismo y la enseñanza memorística, estimulen la creatividad, la imaginación y la sed de saber de los discentes. Se insiste en la importancia que otorgaba Martí a la estrecha relación entre la educación y las necesidades de las sociedades y las épocas en que se desarrolla y se concluye que es muy lógico que hoy en Cuba se reivindique la esencia martiana de la obra de la Revolución, que definió una estrategia viable de desarrollo, en la cual la educación, por primera vez, miraba hacia adentro, hacia las exigencias de la sociedad.

Palabras clave: José Martí, educación, concepciones educativas.

Abstract

This article is an approach to the ideas of José Martí about the education, beginning from its function as formative of morals, ethics and esthetics values, and human and latin-american feelings. Also, it studies the popular character of the education like a human right, its scientist style and the urgency to use didactics methods for to stimulate the intelligence of students, without authoritarian and memorizing learning. This article insists in the important relations between the education and the societies and the epoch. The conclusion is: Cuban Revolution defined a strategy of development based in the ideas of José Martí. This strategy includes the education that, by the first time, takes into account the demands of our society.

Key words: Jose Marti, education, educational conceptions.

Introducción

Sin duda alguna, entre los factores con que contaba Martí para construir la Patria nueva, la educación ocupaba un lugar de privilegio. Cuando sentenció que *ser cultos es la única forma de ser libres* estaba indicando la necesidad de educar al hombre como prerrequisito para enfrentar los restantes combates -no pocos, por cierto, ni menos arduos- que debían conducirnos a la emancipación nacional y social.

En los propósitos emancipadores del pueblo cubano, las palabras de Martí siempre han constituido fieles, vigentes e insustituibles fuentes de inspiración y enseñanza. De esta suerte, se tiene en el Apóstol al genial ideólogo que desde su época, diseñó un proyecto liberador que, en mucho, sigue siendo el nuestro. Martí es hoy uno de los paradigmas, tanto en lo político como en lo cultural y, dentro de esto último, en lo educacional.

(...) La sólida formación pedagógica de Martí, que le permitió legarnos un sistema de ideas no sólo valiosas sino, además, muy vigentes, es el fruto de su gestión de estudio independiente, su agudeza, sus lecturas incansables, su intuición bien disciplinada y su fecunda imaginación y, a la vez, de la breve pero intensa labor desarrollada como profesor en diferentes centros docentes en Guatemala, Venezuela, República Dominicana y Estados Unidos (Fernández, 2006).

En este artículo se realiza un acercamiento a las principales concepciones martianas con respecto a la educación, con insistencia en el interés por fraguar valores humanos y patrióticos, latinoamericanistas, éticos y estéticos. Igualmente se reflexiona en las ideas de Martí sobre la necesaria científicidad de la educación y la importancia de utilizar métodos que desarrollen la creatividad de los discentes.

Por último es preciso tratar la importancia que le ofrecía Martí a la relación entre la educación y las necesidades de las épocas en que se desarrolla y concluir con reflexiones sobre la vigencia de la esencia martiana en la obra de la Revolución, que desde sus inicios priorizó la educación como un factor fundamental para los cambios y el desarrollo de una nueva sociedad.

En efecto, Martí es el gran referente teórico de los pedagogos revolucionarios, no solo para debatir sus valiosas ideas, sino, sobre todo, para incorporarlas como guía en la práctica educativa de la Nación. Su vida y su obra se estudian en todos los niveles, desde el preescolar hasta la Universidad, pero son libres de haberlo convertido en apenas una

asignatura. Antes bien, está en cada momento del proceso de formación de la niñez y la juventud, como compañero, como maestro.

Desarrollo

Hay varios testimonios sobre la meritoria labor docente de Martí. Por ejemplo, Blanche Zacharie de Baralt, que vivió muy cerca de Martí durante su estancia en Nueva York, ha descrito sus excepcionales virtudes, que lo convirtieron en el modelo del educador ejemplar:

(...) Tenía una erudición enciclopédica. No solo leía vorazmente, sino que retenía de una manera prodigiosa, de modo que no había asunto de interés palpitante sobre el cual no estuviese sólidamente documentado. Su curiosidad era inagotable e insaciable su sed de saber.

Poseía un olfato intuitivo para descubrir la verdad: en un relámpago veía el alma de las cosas como la de los hombres.

La expresión simpática de sus ojos, su bondadosa sonrisa, su voz bien timbrada, de múltiples inflexiones, su risa fácil y argentina —todo contribuía al encanto de su trato.

Siempre atento, siempre cortés, aun en medio de sus preocupaciones y responsabilidades (...) (Zacharie, 1980: 71).

Sobre el Martí maestro normalista en Guatemala, escribió uno de los mejores biógrafos del Apóstol, Jorge Mañach: “Al terminar su primer día de clases, los alumnos —hembras y varones— salieron haciéndose lenguas del nuevo profesor, de su dulzura y elocuencia” (Mañach, 1990: 84).

Hay que subrayar estas dos virtudes anotadas por Mañach: *dulzura*, requisito inexcusable en la labor de todo educador, sin el cual naufraga cualquier esfuerzo pedagógico, y *elocuencia*, tan necesaria para la mejor comprensión del contenido que se explica, y para transmitir a los discentes ejemplos del uso correcto y elegante del idioma, cualidad que a veces escasea, y cuya ausencia puede hacer retroceder a la especie humana.

Sobre su paso por la Universidad, dejó escrito el propio autor:

Martí fue nombrado catedrático de casi todo lo divino y lo humano —de Historia de la Filosofía, de Primeros Principios, de Literatura (...).

¿Qué importa que para algunos de aquellos compromisos didácticos no fuera muy cabal su propia disciplina? Se trataba de impartir nociones, y el cubano tenía, sobre la cultura extensa de aulas y lecturas, lo que aun les gustaba más a aquellas universidades retóricas: la palabra opulenta (...).

El mote de Doctor Torrente hizo fortuna en los círculos resentidos. Pero tanto en la Universidad como en la Normal, aquel torrente estaba inundando los espíritus jóvenes de un sentido casi místico de la gran tarea humana, de una pasión por el Deber, la Belleza y América (Mañach, 1990: 85-86).

Al formar parte de la estrategia política martiana, la educación estuvo siempre en el centro de su atención. Comprendió que la cultura era necesaria para preservar la libertad de la Patria y que, a su vez, la cultura encontraría, solo en la libertad, sus cauces naturales de desarrollo. Patria, libertad y cultura son presentadas como una tríada indisoluble, en la que la educación, asumida como proceso permanente, global e integrador y no solo como mero ejercicio pedagógico (y mucho menos como tecnicismo didáctico) es el sostén de cada uno de los vértices de ese triángulo: la educación debe orientarse al fortalecimiento de la libertad, hacia el desarrollo de la cultura y hacia el engrandecimiento de la Patria. He ahí, el punto de partida: al definir la educación hay que tener en cuenta su función básicamente forjadora de valores humanos y patrióticos, latinoamericanistas, éticos y estéticos, que se han conquistado a través de una eficiente apropiación de conocimientos y modos de actuación, pero sobre todo a partir del callado magisterio, diario y coherente, de maestros y padres, y aun de personas con alguna responsabilidad pública. Esa certidumbre, reforzada por la influencia notable de la eticidad de Varela, Luz y Mendive, le permitió sostener que “Instrucción no es lo mismo que educación: aquella se refiere al pensamiento, y esta principalmente a los sentimientos. Sin embargo, no hay buena educación sin instrucción. Las cualidades morales suben de precio cuando están realzadas por las cualidades inteligentes” (Martí, 1973: t.19, 375).

Este existir inseparable entre sentimientos e inteligencia es la clave de la educación martiana, si asumimos como “sentimientos” el amor patrio, la filiación latinoamericanista, el sentimiento de pertenencia (con todos sus atributos y deberes) a lo mejor de la familia humana, única y múltiple; los códigos éticos y estéticos que se tienen por válidos, llevados a planos de materialización individual y reafirmados en la expresión colectiva; la voluntad de servicio; el “placer del sacrificio”; la espiritualidad como estilo.

Es preciso entender la “inteligencia” como el cultivo de la imaginación, la ampliación del conocimiento, la apropiación de las habilidades intelectuales, el señorío de la cultura, la educación de los instintos, la comunión con la naturaleza, el dominio de la ciencia. Solo cuando la función en ambos niveles sea unánime, se habrá hecho realidad el empeño martiano: cuando ciencia y conciencia, conocimiento y belleza, Patria y cultura, terminen por coincidir, definitivamente, en cada hombre.

Un afán martiano era que la educación alcanzara un carácter verdaderamente popular. No debe ser éste una prerrogativa de algunos, sino derecho de todos: “Al venir a la tierra, todo hombre tiene derecho a que se le eduque y, después, en pago, el deber de contribuir a la educación de los demás” (Martí, 1973, t. 19, 375).

Desde luego, esto era no más que una ilusión en la Cuba prerrevolucionaria, donde hacían falta los maestros y profesores en cantidades con las que no se contaba, que inundaran las montañas, ciénagas y llanos. Hacía falta para ello, como es lógico, un necesario financiamiento —que todos los gobiernos de la Neocolonia se robaban— con el que, además, había que equipar, al menos en lo mínimo, los planteles que se necesitaban, y que tampoco existían. Hacían falta libros, libretas y otros materiales escolares, medios de enseñanza, etc. Pero, lo fundamental: hacía falta un status social favorable y una voluntad política de justicia, que solo con la Revolución se hizo realidad.

Otro aspecto cardinal de las concepciones martianas sobre la educación, y que conserva ejemplar vigencia, es la vinculación de la misma con nuestros orígenes, con la historia, con nuestro *ethos cultural*. En fin, con la identidad cultural, “complicada y, por serlo, original”, como ha dicho Leopoldo Zea. Las ideas pedagógicas de Martí, como toda su concepción política e ideológica, presuponen el reconocimiento de la identidad latinoamericana. Como mismo señaló que al gobernante, en América Latina, le era imprescindible conocer los elementos autóctonos de cada país, para gobernar conforme a ellos, así a la educación en nuestros países le viene, como exigencia insustituible, la incorporación de las cosas, la aprehensión de nuestros fundamentos mismos como pueblo, sin desatender, desde luego, todo cuanto se ha acumulado por el hombre a escala planetaria, pero priorizando, por encima de lo ajeno, lo propio. Téngase en cuenta que, como ha señalado Fernández (1981):

(...) Lo propio es para Martí, en lo más cercano Cuba; y, en lo mayor, el continente americano al sur del río Bravo: la América mestiza. Si en toda su obra hay una constante alusión a esta idea, ella adquiere máxima

claridad en su texto fundamental, verdadera Carta Magna, de esa actitud: el trabajo que Martí llamó explícitamente **la América**. Allí está la afirmación de la originalidad rotunda de sus tierras. Esta actitud es de capital importancia, porque constituye el mayor sustento del ideario martiano: es a partir de esa afirmación, de esta confianza, de ese desafío, que se articula el resto de su pensamiento (Fernández, 1981: 41).

En el ensayo *la América*, escribió Martí estas palabras, que marcan, con exacta claridad, los derroteros de la educación latinoamericana: “La historia de América, de los Incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseña la de los arcontes de Grecia. la Grecia es preferible a la Grecia que no es la. Nos es más necesaria” (Martí, 1973, t. 6, 18). Insiste, por tanto, en que la escuela latinoamericana debe responder a las realidades de la región, alertando en lo nocivo de obviar las características de cada pueblo, para privilegiar las copias de lo europeo o lo norteamericano. Por eso, avaló una educación que:

(...) preparase a los sudamericanos no para vivir en Francia, cuando no son franceses, ni en los Estados Unidos, que es la más fecunda de estas modas malas, cuando no son norteamericanos, ni en los tiempos coloniales, cuando están viviendo ya fuera de la colonia, en competencia con pueblos activos, creadores, vivos, libres, sino para vivir en la América del Sur (Martí, 1973: t. 6, 25).

Comprendiendo que, desgraciadamente, la escuela en Latinoamérica seguía, en gran medida, atada a copias foráneas, que en poco valoraban las realidades de estos horizontes, clama por la idea de que:

(...) En nuestros países ha de hacerse una revolución radical en la educación, si no se les quiere ver siempre, como aun se ve ahora a algunos, irregulares, atrofiados y deformes, como el monstruo de Horacio, colosal la cabeza, inmenso el corazón, arrastrando los pies flojos, secos y casi en hueso los brazos (Martí, 1973, t. 8, 279).

Y sigue al expresar que, en el objetivo de conocerse mutuamente, de asumir con orgullo la familiaridad, en el afán de enaltecer la historia y la cultura, corresponde a la educación un rol decisivo. Corresponderá a la nueva escuela latinoamericana fortalecer la unidad y dar a conocer, entre todos, las particularidades de cada país, o de cada área, explicar las esencias de la unidad y de la multiplicidad y luego, como señaló Martí, “injértese en las repúblicas el mundo, pero el tronco ha de ser el de las repúblicas” (Martí, 1973, t. 6, 18).

Otros tres pilares del ideario pedagógico de Martí, en tanto guías permanentes en la batalla por una educación que esculpa al hombre integral. A saber:

- La educación, como “una obra de infinito amor”.
- La científicidad de la enseñanza.
- La educación en función de las exigencias de la sociedad.

Sobre lo primero insistió Martí en muchas ocasiones: Como, para él, “la educación es obra de infinito amor”, no es concebible si:

(...) las que se ocupan de esta labor son vencidas en la batalla de la vida, que endurece y agría, o jóvenes descontentas e impacientes, que ven como los pájaros afuera de la escuela, y tienen su empleo en esta como un castigo injusto a su pobreza, como una prisión aborrecible a su juventud, como una preparación temporal incómoda a los fines reales y más gratos de la vida (Martí, 1973, t. 11, 84).

Estas palabras fueron escritas para reflejar la situación imperante en las aulas del Nueva York que Martí conoció, y si bien en la Cuba de la neocolonia, la carrera magisterial era opción, fundamentalmente, de jóvenes de humilde origen, ello no quiere decir que eran personas que desdeñaban ni ofendían la labor educativa, sino —quizá— todo lo contrario. Las Escuelas Normales entregaban a la sociedad personas consagradas a su labor, y en la de Santiago de Cuba, por ejemplo, se formaron maestros que, además, fueron excepcionales líderes revolucionarios, como Frank País, Pepito Tey, Floro Pérez, Emma Rosa Chuy, entre otros. Con el triunfo de la Revolución continuó la tradición magisterial cubana de *ciencia y conciencia*, y desde los primeros años, los alfabetizadores, los maestros voluntarios y, después, los miembros del Destacamento Pedagógico Manuel Ascunce Domenech se encargaron de enaltecer la historia de la pedagogía cubana, sobre bases genuinamente martianas.

Donde existan estas jóvenes “vencidas en la batalla de la vida”, no se podrán acometer las grandes tareas del verdadero educador, para el cual “el remedio está en desenvolver a la vez la inteligencia del niño y sus cualidades de amor y pasión, con la enseñanza ordenada y práctica de los elementos activos de la existencia en que han de combatir, y la manera de utilizarlos y moverlos (...)” (Martí, 1973, t. 11, 86).

Cuando la palabra amor pretenda ser borrada de algunos lenguajes modernos y postmodernos, y sobre todo cuando se intente omitirla de los esfuerzos educacionales,

aferrémonos a ella como la combinación martiana para la salvación. Sobre la cientificidad de la enseñanza, Martí (1973) alertó sistemáticamente:

(...) La enseñanza primaria tiene que ser científica. El mundo nuevo requiere la escuela nueva. Es necesario sustituir al espíritu literario de la educación, el espíritu científico. Debe ajustarse un programa nuevo de educación, que empiece en la escuela de primeras letras y acabe con una Universidad brillante, útil, en acuerdo con los tiempos, estado y aspiraciones de los países en que se enseña (Martí, 1973, t. 8, 299).

Al exaltar la urgencia de hacer cada vez más científica la educación, sentenció: “No habrá para pueblo alguno crecimiento verdadero, ni felicidad para los hombres, hasta que la enseñanza elemental no sea científica: hasta que se enseñe al niño el manejo de los elementos de la tierra de que ha de nutrirse cuando hombre (...)” (Martí, 1973, t. 9, 446). Y en iguales términos: “Que la enseñanza científica vaya, como la savia en los árboles, de la raíz al tope de la educación pública. Que la enseñanza elemental sea ya elementalmente científica: que en vez de la historia de Josué se enseñe la formación de la tierra” (Martí, 1973, t. 8, 278).

Como es lógico, este propósito de hacer prevalecer el contenido científico de la enseñanza, incluía necesariamente la adopción de métodos didácticos que rechazaran los estilos memorísticos y, en su lugar, se abrieran a la conversación y el debate. No era partidario Martí de una práctica educacional enclaustrada en los recintos docentes, aislada de la naturaleza, desvinculada de la vida económica y cultural de la comunidad. No concebía que se pensara en el estudio lejos de la influencia formativa del trabajo. He aquí, pues, otro de los soportes del ideario educacional martiano: “la pluma debía manejarse por la tarde en las escuelas, pero por la mañana, la azada” (Martí, 1973, t. 13, 53).

Los estudios pedagógicos más serios de la contemporaneidad, han subrayado la importancia decisiva que, en el proceso formativo, tiene la combinación del estudio con el trabajo. Está demostrado que la actividad laboral, además de su positiva incidencia en el armónico desarrollo físico, alcanza también la forja de valores. Ya Martí, a tono con los más avanzados sistemas pedagógicos de su tiempo, lo notaba:

(...) Ventajas físicas, mentales y morales vienen del trabajo manual.- Y ese hábito del método, contrapeso saludable en las tierras sobre todo, de la vehemencia, inquietud y extravío en que nos tiene, con sus acicates de oro, la imaginación. El hombre crece con el trabajo que sale de sus manos. Es

fácil ver cómo se depauperara, y envilece a las pocas generaciones, la gente ociosa que son meras vejiguillas de barro, con extremidades finas, que cubren de perfumes suaves y botines de charol, mientras que el que debe su bienestar a su trabajo, o ha ocupado su vida en crear y transformar fuerzas, y emplear las propias, tiene el ojo alegre, la palabra pintoresca y profunda, las espaldas anchas y la mano segura. Se ve que son esos los que hacen el mundo (Martí, 1973, t. 8, 285).

Por tanto, asegura que “Puesto que se vive, justo es que donde se enseñe, se enseñe a conocer la vida. En las escuelas se ha de aprender a cocer el pan de que se ha de vivir luego” (Martí, 1973, t. 9, 445). Es por ello que señala que “escuelas no debería decirse, sino talleres” (Martí, 1973, t. 13, 53).

Es de notar que, en la organización de la actividad laboral de los estudiantes, la brújula debe orientarse hacia el logro de la identificación de niños y jóvenes con la vida económica y social del país y del área. Por eso, al decirnos que en la América es preciso rectificar los rumbos de la educación, escribió estas palabras, que a más de cien años conservan una asombrosa vigencia, por la persistencia del vicio en no pocos lugares:

(...) En los pueblos que han de vivir de la agricultura, los gobiernos tienen el deber de enseñar preferentemente el cultivo de los campos. Se está cometiendo en el sistema de educación en la América Latina un error gravísimo: en pueblos que viven casi por completo de los productos del campo, se educa exclusivamente a los hombres para la vida urbana, y no se le prepara para la vida campesina (...) se está poniendo una cabeza de gigante a un cuerpo de hormiga (...) (Martí, 1973, t. 8, 369).

Para Martí, era una prioridad el estímulo al autoestudio, a la autopreparación de los jóvenes. Por eso, le insistía a María Mantilla, su niña querida: “No se sabe bien sino lo que se descubre” (Martí, 1973, t. 20, 213), con lo cual le indicaba el camino más eficiente hacia el conocimiento: el del estudio y la investigación. Es comprensible que hoy en Cuba se reivindique la esencia martiana de la obra de la Revolución, que definió una estrategia viable de desarrollo, en la cual la educación, por primera vez, miraba hacia adentro, hacia las exigencias de la sociedad.

Conclusiones

1. *José Martí entendió que la educación era pieza de vital importancia en su proyecto emancipador, en tanto fuente no solo de cultura —requisito previo en el camino hacia la libertad— sino también de valores patrióticos, y para el fortalecimiento de la identidad.*
2. *Consideraba que la educación es un derecho de todos los hombres.*
3. *La educación, reclamaba el Apóstol, es “una obra de infinito amor”. Lo cognitivo y lo afectivo, según Martí, debían funcionar juntos.*
4. *Insistía en la necesidad de garantizar la científicidad de la enseñanza, así como la utilización de métodos activos, que se alejen del autoritarismo y el estilo memorístico.*
5. *Enseñó que la educación tiene sentido solo si se orienta en función de las exigencias de la sociedad.*
6. *No concebía el estudio desvinculado de la actividad en el trabajo físico enriquecedor.*

Referencias bibliográficas

1. Fernández C., M. (2006). Dos aproximaciones a José Martí desde la educación. En Colectivo de autores. (2006). *José Martí. Ciencia y Conciencia*: Santiago de Cuba: Ed. Santiago, pp. 30 – 47
2. Fernández R., R. (1981). La huella de Calibán. Revista *El Correo de la UNESCO*, año XXXIV, pp. 37 – 43
3. Mañach, J. (1990). *Martí el Apóstol*. La Habana: Ciencias Sociales.
4. Martí P., J. (1973). *Obras Completas*. La Habana: Ciencias Sociales.
5. Zacharie de B., B. (1980). *El Martí que yo conocí*. La Habana: Ciencias Sociales.